

M. BRACELI



Ω RPHEUS

XXI PREMIO DOMINGO SANTOS
DE CIENCIA FICCIÓN

PREMIUM
COLECCIÓN QUASAR

Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Mención Jurado](#)

[Dedicatoria](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[EPÍLOGO](#)

COLECCIÓN QUASAR

©: Manuel Braceli, 2020.
©: Premium Editorial.
www.editorialpremium.es

Edición: Premium Editorial.
Diseño cubierta: Premium Editorial.
Imagen cubierta: Rafael J. Cordero

I.S.B.N. DIGITAL: 978-84-122181-4-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por impresión, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Propiedad Intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Un jurado presidido por Aída Albiar, Fernando Martínez Jimeno, Iria Gil y el escritor Sergio R. Alarte, seleccionó de entre las más de 70 obras presentadas al **XXI Premio Domingo Santos de Novela de Ciencia Ficción**, la obra *Orpheus*, de Manuel Braceli, como merecedora de dicho galardón.

A Aurora.

PRÓLOGO

ENDE era una galaxia muerta... y ni tan siquiera eso. Un mundo condenado, un último suspiro que ya duraba cuatrocientos años.

Desde otra galaxia, mirando al firmamento con un telescopio, aún podrías ver su luz. Viajando por el espacio a pesar de que sus estrellas habían muerto. Podrías incluso ver sus planetas, sus ciudades, hasta los rostros de la gente. Pero no serían más que fantasmas, y ni tan siquiera eso. Ecos de fantasmas, tal vez; memorias a la deriva. Porque ni tan siquiera ellos, los fantasmas, ni nada en este universo puede escapar eternamente de la gravedad de un agujero negro. Ni la propia Muerte, dicen. Nada.

El nombre de ese agujero negro era Caribdis. Siglos atrás había ocupado el centro de una galaxia, su corazón. Pero a diferencia de un órgano que bombea sangre, transportando vida y esperanza, Caribdis lo había engullido todo desde dentro. Materia inerte, vida, incluso el Tiempo. Hasta eso empezaba a fallar en Ende, o eso decían los registros.

Ese paraíso, ese mundo idílico, era el nuevo destino de mierda al que mi padre iba a arrastrarnos a mi hermano y a mí. Concretamente, a la estación científica Scyla, alojada en el asteroide Minos. Era de los pocos cuerpos celestes que aún orbitaban la última estrella de Ende: Perséfone.

En un primer momento pensé en quejarme; solo tenía doce años. Pero no lo hice, ¿y sabéis por qué? Porque a pesar de todo: los cruceros espaciales de fin de semana, la sublimación de radicales libres pagada por la sanidad pú-

blica, Disneyplanet... (Dios, cómo echo de menos Disneyplanet. Papá nos llevó allí cuando murió nuestra madre). En fin, que a pesar de todos los logros de la Humanidad, hay cosas que nunca cambian... y mi padre era un científico viudo con más vocación que créditos en el bolsillo. Tal vez, incluso, ni siquiera eso.

CAPÍTULO 1

Demasiado cualificado

Charles Duncan tomó asiento y se frotó las palmas sudadas contra los pantalones. Hacía frío, y las paredes blancas y el mobiliario de plásticero no mejoraban la situación. De repente, el fluorescente titiló como una luciérnaga moribunda y se apagó. Era lo único que le faltaba.

El despacho habría quedado a oscuras de no ser por la cristalera. A lo lejos flotaba Perséfone. Era la última estrella de Ende, enana y moribunda, como una gigantesca manzana de caramelo flambeándose con una suave incandescencia azul. Perséfone orbitaba en los límites del cono de atracción gravitatoria de Caribdis, el agujero negro. La suya era una lenta espiral hacia la destrucción que bien podría prolongarse otros trescientos años. O eso creíamos...

¿Cómo explicar lo que es un agujero negro, para que os hagáis una idea de lo que vio mi padre? Pensad en una galaxia como si se tratase de una enorme bañera en la que flotan distintos juguetes: un patito de goma, un barco, un flotador. Entonces, alguien quita el tapón de un agujero sin rejilla que empieza a comprimirlo y absorberlo todo. Pero no solo lo que hay en la bañera, también todos los demás objetos del baño, y las paredes de este, toda la casa..., ya nadie puede volver a poner el tapón. A partir de ahí, lo único que te queda es mudarte a la ciudad más próxima y ver en las noticias como tu edificio, las calles que lo rodean y todo tu barrio se va al carajo lentamente. Por supuesto, todo esto a escala espacial. Así es un agujero negro: un sumidero, un desgarró en el tejido del universo con un hambre que no conoce fin en la Era del Hombre. La gravedad es

tan inmensa que nada escapa a ella, ni tan siquiera la luz. ¿Y a dónde va a parar todo lo que traga? Eso nadie lo sabe. Existen teorías científicas, casi tantas como novelas de ciencia ficción que abundan y ahondan ampliamente en el tema. No pretendo aburriros ni con lo uno ni con lo otro.

El fluorescente empezó a parpadear.

—Disculpe las molestias —dijo una voz a sus espaldas.

Charles parpadeó, girando la cabeza. Acababa de entrar un tipo alto y trajeado. Los cristales de sus gafas cromadas capturaban con facilidad la tenue luz del fluorescente. Tenía complexión de gimnasio y la piel morena, pero no del tipo que uno adquiriría en cámaras de rayos UVA. Tampoco en los planetas paradisíacos que se anunciaban en las agencias de viajes. Parecía de origen indio.

—Buenas noches, señor...

—Duncan —se apresuró a contestar Charles.

—Eso es. Si me disculpa un momento... —dijo, dejando su maletín apoyado contra la pata de la mesa.

Charles contempló con asombro como aquel tipo se erguía con un zapato de diez mil créditos sobre la silla, afianzaba el otro en la mesa, y alzaba los brazos sobre su cabeza para cambiar el cebador del fluorescente. Por último se bajó, sacudió la silla sin demasiados remilgos y tomó asiento. Su sonrisa, blanca y perfecta, parecía sacada directamente de un anuncio de dentífricos.

—Señor Duncan... —repitió el ejecutivo, como si pusiese en orden sus ideas—. Doctorado en Virología, Microbiología y Parasitología por la Universidad de Nueva París. ¿Promoción del 662?

Charles se relajó un poco. Aquel tipo había arriesgado su adinerada crisma para reparar el fluorescente. No debía ser tan estirado como clamaba su vestuario de miles de créditos.

—Pues sí, del 662 —contestó—. Veo que ha hecho bien sus deberes.

—En absoluto. —La sonrisa del ejecutivo se acentuó mientras abría su maletín—. Gano tiempo consultando su perfil en las redes sociales con mi implante coclear mientras intento recordar su nombre de pila.

—Charles...

—Eso es. Charles Duncan. Mi nombre es Asha. —Le tendió una mano—. Saito Asha.

Charles alzó las cejas mientras le devolvía el apretón. Saito era un apellido japonés. Él apellido japonés. Pero aquel tipo parecía indio.

—Saito... ¿De SAITO? —no pudo evitar preguntar.

Los hombros de Asha se agitaron con una risa contenida; no sin razón. SAITO era la gran y todopoderosa multinacional que proporcionaba energía limpia y pura a toda la galaxia. Su único competidor, como solían alardear, eran las estrellas. De ahí el apellido SAITO transformado en acrónimo: *Stars Are In The Oblivion*.

—Solo por matrimonio —contestó Asha de buen humor—. Y tras esta presentación, creo que no es necesario que le describa las virtudes corporativas de la empresa. Sería barrer para adentro, ¿no cree?

Charles sonrió débilmente. Temía, a tenor del ambiente relajado, haberse propasado con su insaciable curiosidad de investigador. Si se había molestado, Asha no dio muestras de ello.

—Pasemos a la parte desagradable —anunció Asha sacando un formulario—: la burocracia.

Entonces, en otra agradable paradoja, el impecable ejecutivo sacó de un bolsillo un bolígrafo de bola de tinte. Simple, barato y condenado desde su nacimiento por la obsolescencia programada. Charles no era religioso, pero si tuviese que nombrar un dios, una voluntad presente en todas las cosas y seres vivos, nombraría la obsolescencia programada. Ya nada se hacía para durar. Todo tenía fecha de caducidad, hasta las estrellas. Al pensar en ello, Charles miró otra vez hacia la ventana.

La galaxia de Ende era una prueba viviente y agonizante de ello.

Cuando terminó, Charles le devolvió el bolígrafo a su dueño. Asha lo guardó, dio un rápido vistazo a la primera página del formulario y fue a guardarlo en el maletín. Pero no lo hizo. Una casilla había captado su atención.

—¿Viudo?

Charles esbozó una sonrisa artificial. Una sonrisa practicada hasta la desesperación.

—Hace ya tres años... —dijo.

Asha le miró con nuevos ojos.

—Señor Duncan, ya recuerdo su informe. Su currículum es impresionante...

Charles alzó una mano para detener una familiar secuencia de halagos que solía terminar en una disculpa.

—¿Va a decirme que estoy demasiado cualificado para desempeñar este trabajo?

—En absoluto —replicó Asha—. ¿Estaba yo demasiado cualificado para arreglar la luz de este despacho?

El ceño fruncido de Charles desapareció. Incluso se permitió sonreír.

—No me pareció así.

Asha se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos bajo su barbilla.

—Dígame. —El ejecutivo hizo una leve inclinación con la cabeza en dirección a la ventana—. ¿Qué ve? Sin tapujos.

Charles observó con atención la lenta agonía de una galaxia terminal. A través del cristal, a una distancia segura, era como presenciar los preparativos para la ejecución de un reo inocente condenado a la pena capital.

—Una pesadilla —respondió sin pensar.

—De las peores. Esa estrella que ve se llama Perséfone. Perséfone, como la diosa griega del inframundo. El agujero negro, Caribdis, como el tifón monstruoso. Incluso esta na-

ve, la que le llevará a la base Scyla, se llama Caronte. Era el nombre del barquero que transportaba las almas de los muertos al Más Allá. ¿Cree que es fruto de la casualidad?

—De eso o de un declarado gusto por la mitología griega. Clío, mi mujer, llenaba su vida con dos pasiones: la música y los mitos.

—Vamos, Charles. No arruine las expectativas que me he creado sobre usted. ¿Por qué tanto nombre griego sobre monstruos y el inframundo?

Charles Duncan se rascó la nuca.

—¿Son... eufemismos? ¿Para desmitificar este horrible lugar?

—Exacto. Ende no se va a acabar mañana, como nos gusta decir por aquí. La orbita de Perséfone alcanzó un punto de no retorno hace trescientos años; pero calculamos que le quedan otros mil trescientos. A pesar de eso, sabemos que el entorno es cuanto menos...

—¿Desolador? —sugirió Charles.

—Iba a decir demencial; pero, sí, desolador también es acertado. Y tal es la razón de que SAITO suela contratar candidatos con un sólido perfil familiar para la División Ende. Por la fuerte estabilidad mental que suele ir asociada a la responsabilidad de mantener una familia. En su caso, como le comentaba, hemos hecho una excepción con su viudez dado su notable currículum. Le deseo mucha suerte en su investigación acerca del crecimiento de colonias patógenas en gravedad cero.

Charles se lo agradeció con incomodidad. Era una persona brillante, pero poco dada a las ínfulas. Aún ahora, tres años después de la muerte de su esposa, no entendía cómo aquella maravillosa criatura pudo haberse fijado en él.

—¿Cómo se lo han tomado los niños? —inquirió Asha con amabilidad—. Lo de venir aquí.

La pregunta cogió a Charles por sorpresa. Sonrió débilmente.

—Son chicos fuertes... Ellos...

—Fatal, ¿no?

Charles suspiró. No tenía sentido negarlo.

—Scyla es un entorno pensado para toda la familia —dijo Asha—. Tenemos una amplia ludoteca, programas de clases extraescolares, gimnasio... Incluso organizamos pequeños concursos de ciencias. Sus hijos eran gemelos, ¿no? Dos niños excepcionales.

—Así es. ¿Tiene hijos?

—Una hija, Taeko. Tampoco lleva bien mis continuas ausencias para venir aquí. Ni ella ni mi esposa, a pesar de que Ende es uno de nuestros puntos clave para la extracción de la *hikari*, la energía limpia que es el orgullo y estandarte de nuestra compañía. Pero, como le dije, no quiero aburrirle con nuestras virtudes corporativas.

Asha se quedó en silencio, como abstraído. Charles supuso que estaría pensando en su mujer y su hija. Probablemente vivirían en una pequeña luna propiedad de los Saito. Podía imaginárselas a ambas en una enorme mansión al estilo japonés, con jardín y un estanque de carpas. Sin duda, aquellos lujos no bastarían para llenar la ausencia de un padre.

—¿Le gustaría ver a los niños? —propuso Charles inesperadamente.

Asha miró su reloj de pulsera de forma casi imperceptible. Y sonrió.

—De acuerdo.

Morfeo se quitó el casco de realidad virtual cuando entró su padre. A su lado, contemplando sus progresos en la pantalla que reproducía el holojuego, había una azafata.

—Mi hijo, Morfeo. —Charles le hizo un gesto con la cabeza para que se levantara—. Morfeo, este es Saito Asha.

El chico miró al hombre de arriba abajo mientras este le revolvió el cabello. Su pelo era rubio, casi del mismo color ceniza que sus ojos.

—No parece usted nipón —soltó con desparpajo—. ¿Se caso con una rica señora Saito y tuvo que desprenderse del apellido de sus ancestros?

Charles enrojció, pero Asha estalló en carcajadas.

—Un negociador feroz. —El ejecutivo se giró hacia la azafata—. Trish, ¿tenemos alguna vacante en relaciones públicas?

—Creo que no, señor.

—Una lástima. En cualquier caso, encantado de concertar, Morfeo.

—Igualmente. *Namaste*.

Charles frunció el ceño. No lo hizo por su hijo, que aprovechaba la mínima ocasión para demostrar su dominio con los idiomas.

—Morfeo, ¿dónde está tu hermano?

—Se enteró de que había instrumentos en el restaurante. De una orquesta que tocó anoche en una fiesta.

Charles miró a la azafata con preocupación.

—No se preocupe, señor Duncan —lo tranquilizó ella—. La nave es un entorno totalmente seguro para un niño.

—Pero ya se habrá dado cuenta de que mis hijos no son unos niños corrientes. Les llevé a Disneyplanet el mes pasado y se pasaron el día calculando la aceleración y la energía que hacía falta para impulsar cada una de las atracciones.

Asha sonrió. Volvió a consultar su reloj de pulsera.

—Vayamos en busca de nuestro pequeño fugitivo.

La puerta del salón restaurante se deslizó sin ruido. Fue como derrumbar un dique, vertiendo sobre ellos una potente oleada de sonidos.

El arco del violín torturaba las cuerdas sin piedad, sin prisas. Con la cadencia de un remero experto. Asha reconoció la obra de inmediato: una adaptación para violín de *La Isla de los Muertos*, de Rachmaninoff. Su propia hija, Taeko, a pesar de su habilidad con el piano, solía tropezar cada dos por tres cuando se enfrentaba a las obras del célebre

compositor ruso. Aquel niño la estaba tocando de pie sobre una silla, de cara al mirador de ultracrilito que se asomaba a la pesadilla de Ende.

Charles hizo ademán de interrumpir a su hijo, pero Asha le contuvo con un gesto. Hasta que terminó la obra. Entonces, cuando murió la voz del instrumento, se dieron cuenta de lo vacío que estaba el comedor. El barman tenía un vaso de cóctel en las manos, seguramente a medio acabar. Pero el obeso y rubicundo ejecutivo, el único cliente de la sala, no parecía echarlo de menos. Parecía hechizado por la interpretación.

—Hijo...

El chico se volvió al oír la voz de su padre. Tenía una mata de pelo rubio ceniza, pulcramente peinada hacia atrás, y ojos del mismo azul helado que Morfeo. No en vano, eran gemelos idénticos.

Asha se adelantó, con intención de revolverle el pelo como había hecho con su hermano. El chico, sin embargo, se colocó el arco del violín bajo la axila y le ofreció la mano. Asha se la estrechó sin ocultar su admiración.

—Gracias por la interpretación, pequeño maestro. Muy apropiada para la ocasión.

El chico enarcó una ceja, y no porque dudase de su habilidad. No creía que su interlocutor, con su caro traje y su complexión de nadador, conociese la obra. Tan solo le habría sonado opresiva, oscura.

—*La Isla de los Muertos* —continuó Asha, como si adivinase el curso de los pensamientos del chico—. El cadencioso ritmo de Caronte impulsándose a través de la laguna Estigia.

El chico abrió los ojos con sorpresa. Luego, lentamente, sonrió con genuino deleite. Y se volvió hacia la cristalera con la intención de seguir tocando.

—¿Cómo te llamas, jovencito? —le preguntó Asha.

El chico volvió el rostro sobre el hombro y dijo su nombre. Y Asha le pidió que se lo repitiese.